

Alfonso Escudero

La actividad literaria chilena en 1924

I. DECLARACION PRELIMINAR

ENTRE las sensaciones más desagradables de mi vida de lector, recuerdo especialmente las ocasionadas por la ignorancia desdeñosa que ciertos extranjeros manifiestan sobre literatura chilena.

Un crítico norteamericano, Isaías Goldberg, en su libro sobre *La literatura hispanoamericana*, habla hasta de un señor Eguren, que debe ser muy conocido en su barrio, y no dice una palabra de Chile sino para anotar que tal cual poeta pasó por nuestra tierra, como pudo agregar que André Gide, por ejemplo, había pisado alguna vez tierras de África.

Ventura García Calderón, que todavía no puede perdonarnos el haberlo obligado a nacer en el valle central de Chile (en Talca), intercala, en sus *Semblanzas de América*, las de tres peruanos, y de nuestro país no se acuerda sino para regalarle el calificativo de «raza bovina».

Otro escritor, *un gros monsieur* Domínici, venezolano que no tiene por qué estar agraviado de los escritores de Santiago, acaso con el propósito de dárselas de entendido, hace algo mucho más feo y perjudicial que el no hablar de chilenos: quiere hacer creer que uno de sus *Tronos vacantes* había estado ocupado por nuestro pobre Pedro Antonio González, el

de las palabrerías huecas. ¡Ni trono ni vacante, señor tropical! O más bien, *trono*, que, de entre nuestros muertos pudieron merecer Magallanes, Contardo o Pezoa Véliz, antes que ese González; pero que sería absolutamente imposible estimar *vacante*, viviendo todavía, por la gracia de Dios, la Mistral, Prado, Mondaca y varios otros escritores chilenos dignos de codearse con lo más selecto de las letras hispano-americanas.

Acaso algún día explane la anotación. Por ahora me toca sólo recordar las actividades literarias de 1924.

II. POESÍAS Y VERSOS

Jorge González Bastías publica su tan esperado segundo libro.

Jorge González, dice el fino cronista nacional Hugo Silva, de *Los Tiempos*, «es ingénita, fatalmente poeta. Su sensibilidad se expresa en versos de una manera espontánea y natural, y en una forma más pura, más suya, a medida que va viviendo. Y sufriendo... Canta, o llora, el medio en que vive, su río, sus cerros, y la vida sombría y miserable de los hombres que los pueblan. Su *Poema de las tierras pobres* es un treno desolado por los dolores de una comarca empobrecida por la obra de los esquilmadores administrativos y los jueces terroristas. No es una protesta clamorosa y lírica, con cóleras tempestuosas y arranques victorhuguescos. Su verso es quedo, silencioso, saturado de la resignación dolorida y fatalista del campesino. Y si hay grandiosidad y elevación en algunos pasajes del poema, surgen de la misma dantesca desolación de las escenas descritas».

Hasta aquí *Julio César* (Hugo Silva).

Ciertos críticos oficiales recibieron mal la obra de González Bastías. Tal vez tenían sueño. Sin embargo, *El poema de las tierras pobres* es un bello libro épico-lírico de un buen poeta, saturado de amor al terruño (Maule y sus contornos), animado de un humanitarismo sin vaciedades ni exageraciones ultraprogresistas y que vive alejado de los círculos literarios de la ca-

pital, junto a un río a cuya orilla hay barcas recogidas «como anhelos dormidos».

Su dolor es un dolor muy humano, expresado en estrofas algo libres y de un ritmo exquisito.

Y algo curioso. Las «tierras pobres», la montaña cansada, que canta o llora en su poema, son las mismas que vieran días mejores. Pero ya nadie puede volver a ver la hermosura de los días idos, «porque sin alegría, no hay corazones que la sientan».

A pesar de todo, en sus últimas páginas el poeta expresa alguna confianza en el mañana. Y al recordar que la campana está llamando a la gente a la iglesia, añade:

Y una mano que se alza dulce, piadosamente,
bendiciendo, guiando,
y el estremecimiento del que inclina la frente
porque ha sentido a Dios y está adorando.

Es una esperanza que renace. Y un buen coronamiento de uno de nuestros mejores volúmenes poéticos del año.

Ciertos críticos han dado sucesor a don Luis Felipe Contardo, el malogrado poeta sacerdote de los *Cantos del camino*, en la persona de otro sacerdote, poeta y pintor, don Francisco Donoso G., autor ya de tres volúmenes, el último de los cuales se titula *Myrrha*.

¿Y si fuera apresurarse demasiado?

En Donoso no es tan fácil hallar ese rocío de emoción espontánea, delicada y comunicativa de que tanto abundaba Contardo. Con lo cual tampoco quiero decir que el joven autor de *Myrrha* carezca de condiciones. Sus estrofas, de corte variado y de expresión pura y correcta, tienen un suave tinte melancólico encuadrado en un marco sobrio y la elegancia de la educación clásica modificada por la lectura de los renovadores modernos.

Pablo Neruda (Nestali Reyes, dicen), el poeta de veinte primaveras que el año pasado entregaba al público un *Crepusculario* extraño hasta en el formato, ahora publica *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

Un paso atrás, a mi entender. El afán de originalidad le corta las alas al verso. La emoción está ausente. Lo único que sale a recibirnos es un portero de librea revolucionaria (también hay libreas revolucionarias), perito en sutilezas e imágenes que algunas veces son bonitas, pero que no nos convencen del todo.

Carlos Préndez Saldías ha caminado mucho desde el muy lejano punto de partida de su primer libro (1914) hasta el de este año, que es feliz hasta por el título: *Amaneció nevando*.

Tiene aciertos innegables en sus evocaciones de paisaje criollo; pero, sobre todo, en el sentido *In memoriam* dedicado al poeta Magallanes.

Líneas prometedoras hay en la *Voz ferviente*, poemas de Roberto Munizaga Aguirre. La señorita María Rosa González (*Miss Colombine*) escribe su apasionada *Samaritana*. Una poetisa anónima deja elegantes y fáciles *Huellas en la nieve*. Don Antonio Bórquez Solar hace imprimir *La tragedia del General José Miguel Carrera*. Un profesor de francés, M. Augusto Les cure, dice en francés *Cantos y visiones del camino*, volumen que el crítico *Omer Emeth* halló «espléndido y hasta herediano». Oscar Jara Azócar publica *Cantos de juventud*; Jorge Octavio Flores, *La locura de ser*; Gerardo Seguel, *Hombre de otoño*; F. García, *Por la senda del dolor*; Berta Quezada, *Motivos...*

Promesas que nadie sabe si se cumplirán algún día.

De las selecciones que nos vienen dando Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes por medio de la editorial Nascimento, en 1924 ha salido la de Amado Nervo (*Sus mejores poemas*). Es, como dije en cierta nota bibliográfica, un ramillete rico en va-

riedad y más rico aún en calidad, como que es la selección de la obra de un poeta exquisito, concentrado, emotivo, y sobre todo, muy distanciado de los versificadores grandilocuentes que él crucificó sin decirlo, al bautizar un libro suyo con el bello nombre de *En voz baja*.

Otras selecciones son las de *Las mejores poesías para la declamación* (Nascimento) y la de *Recitaciones escolares* hecha por Jorge Guzmán Dinator.

Pero la más importante de las selecciones del año ha sido la voluminosa antología chilena moderna que Armando Donoso tituló *Nuestros poetas*.

Comienza con un interesante prólogo donde el crítico nos habla de la literatura chilena, desde «una edad media ni enorme ni delicada», hasta los que más son valores de mañana que de hoy. Luego siguen las tres partes que dividen la obra, división arbitraria e inexacta, aunque no se puede dejar de reconocer que el segundo período (de 1905 a 1920) es, como dice Donoso, «el más interesante de la poesía lírica chilena y uno de los más significativos de la literatura americana».

Es un período merecedor de una antología hecha con más atención que la empleada por Donoso. Y no sólo porque en *Nuestros poetas* haya nombres sobrantes y nombres olvidados, sino principalmente porque se nota poco cuidado en la selección y copia de las poesías de cada autor. Las notas biográfico-críticas y las referencias tampoco son muy dignas de Armando Donoso.

En definitiva, *Nuestros poetas* es una obra de aliento y de aciertos en las líneas generales, pero afeada por falta de mayor esmero en los detalles, que, en obras de esta índole, tienen tanta importancia.

Y es que Donoso trabaja demasiado en diversos órdenes de cosas, y, es claro, sus libros resultan inferiores a lo que pudiera esperarse.

III. NOVELAS, CUENTOS Y OTROS RELATOS

Un juez rural, el último libro de Pedro Prado, es una obra inclasificable. Es una especie de novela que recuerda el estado del alma y las actividades de cierta época de la vida de su autor, el simpático poeta, novelista, pensador, pintor, arquitecto, gran *causeur* y hombre bueno que es Pedro Prado, el mejor temperamento artístico y el más respetable de los escritores chilenos del día. *Los Diez*, *Alsino*, *Los pájaros errantes*, *La casa abandonada* y sus demás obras lo habían colocado muy alto. Ahora *Un juez rural*, más ceñida a la realidad que las precedentes, lo hará admirar de mayor número de lectores.

Esteban Solaguren—es decir, Pedro Prado—, padre de buen número de hijos y favorecido por mil ventajas de todo género, vive en una quinta de los alrededores de Santiago. Parece feliz. Pero cierta inquietud íntima lo mantiene intranquilo. El Intendente de la provincia lo nombra juez de paz. Solaguren, a pesar de no haber estudiado leyes, no renuncia. Juzgará en conciencia. Comienza el desempeño de su nuevo cargo. Y Solaguren con sus nervios hiperestesiados y cogido de «la manía de pensar», va resolviendo las querellas del barrio en fallos originales, llenos de saber y de elevación; vagabundea por las cercanías con su amigo el pintor Mozarena, medita, analiza sus menores sentimientos y sensaciones, se intranquiliza cada vez más, duerme poco, renuncia el juzgado, se va a la costa con su familia y vuelve a los pocos días más inquieto y preocupado que antes.

Todo ello, en un estilo claro, flexible, de mucho color y movimiento. Y a trechos, ironías finas, envueltas en una sonrisa delicada. Característica muy principal de la obra, como que corresponde a un período agudo de inquietud íntima de su autor, es también cierta sensación de soledad, que se hace más palpable en las últimas líneas de la obra.

Por otra parte, sin ser ante todo el gran pintor verbal que es Mariano Latorre, tiene, sin embargo, Pedro Prado, a lo lar-

go de su obra, cuadros, perfiles y escenas de un sabor real muy subido; y hay análisis, como el del cansancio, de una originalidad y precisión admirables.

—«¡Tan poco estudiado que está nuestro pueblo!—dice el pintor Mozarena en cierto pasaje. Cuando vago por los caminos con mi caja de pinturas, cuando voy por los campos o los pequeños caseríos, y observo sin ánimo de observar... todo lo que vislumbro, dentro o fuera de mí, me parece un descubrimiento. No sabes, entonces, qué desprecio tengo por los libros, qué distancia por nuestro pobre arte y por todas las cosas conocidas».

Después de la lectura de *Un juez rural*, Daniel de la Vega habría obligado a Mozarena a retirar sus palabras.

Con *Un juez rural*, Prado, o sea, según el elogio de Alone, el «gran pescador de perlas que nunca recoge sus redes en vano, aunque las tire al arroyo», se renueva y se completa cada vez con mayor felicidad.

«Durante muchos años todavía», concluye Luis D. Cruz Ocampo, Pedro Prado «tendrá el maravilloso privilegio de hacer que su última obra sea la mejor de todas».

Curioso caso el de la última novela de Augusto Thompson. *Pasión y muerte del cura Deusto*, editada en Madrid, es una novela bastante inverosímil y que demuestra en su autor no poca ignorancia de la vida eclesiástica. El lenguaje abunda además en francesismos y otras incorrecciones; y aun habría varios otros peros que anotar.

Pero *Augusto D'Halmar* es todo un artista; y sus inverosimilitudes e incorrecciones se olvidan ante ese encanto extraño que le comunican a la obra el interés del drama interno del cura vasco trasladado a Sevilla, el movimiento acertado de escenas y situaciones, la espontaneidad de la concepción artística y un decir flexible y matizado de mil gallardías originales o espigadas en mil campos diversos.

«Parece descuidado—dice Hernán Díaz Arrieta (*Alone*)— y hace resonar la más sabia de las orquestas; parece claro y se

matiza de todas las medias tintas del agua en el crepúsculo; parece primitivo, nítido, infantil, y tiene descomposiciones de luz y serpenteos voluptuosos de bayadera asiática».

Novela de autor americano con teatro en España, *Pasión y muerte del cura Deusto* tenía que hacer recordar otras dos novelas célebres: *El embrujo de Sevilla* y *La gloria de don Ramiro*. Pero el chileno Augusto Thompson (*D'Halmar*), menos novelista y aun quizá menos escritor que el uruguayo Carlos Reyles y que el argentino Enrique Rodríguez Larreta, es más artista que cualquiera de ellos, y su obra no disonaría como la tercera de las unidades de una bella trilogía literaria que hasta ayer estaba incompleta.

Joaquín Ortega Folch, que en 1923 publicó *Betsabé*, ahora se reconcilia con buen número de lectores, por medio de su novela *Una confesión*.

Mariano Latorre preferiría llamarla «Una coqueta». De una coqueta se trata, en efecto. Es una novela corta, de estilo agradable, de trama sencilla y con sus ribetes de psicológica. Y su autor, un joven de treinta años, que sabe dar interés al relato, defiende una tesis valiente, cuenta a Maupassant y a Chejov entre sus maestros, y, sobre todo, que, a pesar de sus errores de procedimiento y lenguaje, parece tener pasta de novelista.

El capitán retirado don Olegario Lazo Baeza se dió a conocer en 1922 con unos *Cuentos Militares* recibidos con aplauso raro por lo universal y merecido. En 1924 hace editar *Nuevos Cuentos militares*.

Literariamente ha progresado bastante. Es más concentrado, mejor pintor, de realismo más vigoroso. Casi siempre se hace interesante. Es sobrio. Ha aprendido a dar pinceladas de experto. Pero, como hace notar Ricardo A. Latcham, en general, «nuestros militares están pintados en aspectos no muy honrosos». Lo cual, después de todo, no es obstáculo para que el ex-capitán Lazo, que tiene facilidad extraordinaria para el relato, los haya escrito tan dignos de leerse en cualquier país, como

La última etapa. El paralítico y esa maravilla titulada El padre.

De Eduardo Barrios, el autor de *Un perdido* y *El hermano asno*, aparece en 1924, aunque con fecha del año anterior, las *Páginas de un pobre diablo*.

Una obra más, compuesta de cuatro relatos, agrupados con el título del que inicia el volúmen. La importancia principal del tal relato consiste en la revelación de un aspecto poco conocido en Barrios, el humorismo. De lo demás del libro, merece mencionarse *Canción*, idilio de toques semirománticos.

El escritor chileno residente en París y encargado de la crítica de libros hispanoamericanos en el *Mercure de France*, Francisco Contreras, publica *La ville merveilleuse*. Es una serie de siete relatos independientes y de desenvolvimiento cansado. Un crítico parisiense de *Nouvelles littéraires* la llama *essai*, no *roman*. Hacía tiempo que se sabía que *La ville merveilleuse* sería la primera obra de una serie en que su autor, aficionado tardío al *folklore*, procuraría utilizar las creencias populares para interpretar la vida de Hispanoamérica, especialmente la de Chile.

Una empresa digna de otra pluma.

El Pbro. don Julio T. Ramírez, el novelista que hace tres años pintó escenas algo tristes alrededor de *El rancho*, lejos de dormirse bajo la corona ganada en un gran certamen americano, hace editar ahora un libro de cuentos titulado *Del mar y la sierra*.

Es una obrita simpática, impregnada de buenos sentimientos, de amor a la naturaleza chilena y de honda piedad humana ante los sinsabores de la vida de los campesinos evocados en sus cuentos. Un decir sin artificio sirve de ropaje a una trama sencilla. Pero es una sencillez que concluye por hacerse algo desconcertante, y se desearía que un poco más de complicación viniera a dar más interés al relato.

Y uno piensa en que el poeta don Abel González, prologuista de la obra, acaso tenga razón cuando dice: «Parece que el

señor Ramírez ha tenido el propósito, no tanto de novelar, como de presentar una serie de cuadros de la naturaleza y de la vida campesina, plenos de fuerte colorido local y animados por la más sincera realidad moral de los personajes que pone en juego.

El muy ameno memorialista de *Como si fuera ayer...*, el hombre de pluma y de casaca don Emilio Rodríguez Mendoza, ex-alumno del Colegio de San Agustín, publica, en la Biblioteca Nueva de Madrid, una segunda edición de su novela chilena *Santa colonia*, obra de un movimiento algo lánguido, pero importante como resurrección de un época.

Otras obras novelescas del año han sido: *La bestia hombre*, ensayo de ambientes no santos, por Lautaro Yankas (Manuel Soto); *Un marino*, cuento de Jorge Gustavo Silva, premiado en un certamen de 1923; *La casa del dolor*, de Julio Kloques Campos; *La caverna de los murciélagos*, fantasía extravagante de un escritor que parece quiere tentar suerte en todos los géneros, por Pedro Sienna (Pérez Cordero); *La derrota*, por Caupolicán Ponce; *La hija de la ciega*, por Adolfo Urzúa Rozas; *Alma de otros mundos*, por Julia Sáez (*Araucana*); y *Ambición de madre*, traducción de una obra inglesa de Effie A. Rowlands.

IV. HISTORIA, RECUERDOS Y CRÓNICAS

Don Nicolás González Errázuriz publica *El motín de Figueroa*; don Alejandro Ríos Valdivia, *La misión Lavalle*; y el ex-Rector de la Universidad de Chile, don Domingo Amunátegui Solar, un folleto titulado *Génesis de la independencia de Chile*, y su libro *Chile bajo la dominación española* (refundición, dedicada a la enseñanza, de dos volúmenes del año anterior).

Un escritor de nombre a edad aún muy temprana, Eugenio Orrego Vicuña, nacido y educado en un hogar de escritores, obtiene a principios del año su título de abogado, y su memoria de prueba es todo un libro de doscientas cincuenta páginas, de

formato grande y de importancia histórica más grande todavía.

Me refiero a *El espíritu constitucional de la administración O'Higgins*, de que ya he hablado. Es una obra escrita con cariño al tema y al héroe, y de interés y mérito tanto mayores, cuanto que el constitucional era el aspecto menos estudiado de la vida de O'Higgins.

Aun hay en 1924 otra obra histórico-crítica de Eugenio Orrego Vicuña: su opúsculo sobre *Medina y Harrise*, después de cuya lectura el dictado de príncipe de los americanistas huye solo del investigador yanqui para refugiarse junto al sabio chileno don José Toribio Medina.

Otro Orrego, don Augusto Orrego Luco, entrega al público otros dos libros: *Notas de viaje y Recuerdos de la Escuela de Medicina*. A juicio del joven y competente crítico Ricardo A. Latcham, *Notas de viaje* «parece el ocaso de un escritor ilustre».

(El doctor Orrego nació en 1848).

En cambio, *Recuerdos de la Escuela de Medicina*—copio una nota bibliográfica mía de la *Revista de la Juventud católica*—es un libro amable, interesantísimo, escrito con un cariño seductor y de un estilo que recuerda a los maestros del buen decir.

Sus páginas perpetúan la memoria de figuras ya lejanas, tan simpáticas e interesantes como la de Lafargue, el «viejecito triste, de fisonomía delicada y melancólica»; y las de don Rudolfo Philippi, don Ignacio Domeyko, don Ramón Elguero, y tantas otras que no recuerdo por no citar todo el índice. Pero las que prefiero, son las de los primeros años de la Escuela, y sobre todo, la de Domeyko, el heroico *Jegota* de los poemas de Mickiewicz.

El libro del doctor Orrego es el mejor homenaje que se podía tributar a la antigua Escuela de Medicina y una de las pocas obras recientes que podríamos presentar satisfechos a la curiosidad de los lectores extranjeros.

Otro libro de recuerdos publicado por un anciano escritor de

estas tierras, es *Tapices viejos*, de don Javier Vial Solar. Hay en él páginas interesantes y amenas; pero, desgraciadamente, la afición a las reflexiones innecesarias y cierto airecillo de alabador exagerado *temporis acti se puero*, hacen que la obra pierda no poco.

Uno de nuestros mejores cronistas de periódico, y para algunos, el mejor, Joaquín Edwards Bello, reúne *Crónicas* suyas en un volumen de presentación muy pobre.

Aunque recuerda con excesiva frecuencia que él fué quien escribió *El roto*, hace ya algún tiempo que Edwards Bello no publica novelas. ¿Le hizo caso a don Pedro N. Cruz? En la práctica por lo menos, parece que sí. El hecho es que, por hoy, Joaquín Edwards es el cronista incorrecto, desaliñado, inquieto, y a pesar de todo, ameno e interesante, con todas sus paradojas, su danza moderna de ideas despreocupadas, sus imágenes atrevidas, sus descripciones vigorosas y sus remolinos desordenados de anotaciones breves.

Y, junto a la gravedad de los editoriales pesados, es entretenedor un periodista hábil y de estilo vivo y decir fácil, que escribe comentarios livianos, como Joaquín Edwards Bello, el ameno cronista de *La Nación* de Santiago.

Dos obras de notas humorísticas han aparecido en el año: *Reflexiones de un optimista*, por César Cascabel (el ingeniero Julio Simón) y *La biblioterapia*, por Rocésín (el abogado Alberto Herrera Arrau, que bauliza su libro con el título del primer capítulo). César Cascabel es más fácil de leer; pero Rocésín tiene observaciones y ocurrencias más dignas de recordarse.

• Tal vez algún día, en quién sabe qué puerto de la Tierra, pero seguramente muy lejos del Valparaíso de mi infancia, yo también iré a sacudir la ceniza de mi pipa al bar de algún Peter Petersen; y solo conmigo mismo y mis recuerdos, veré delante de mí un pequeño soñador desencantado, que sólo para mí no ha envejecido, que después de tantos vagabundeos, nada

ha visto sino el mundo, y al cual, después de tantas peripecias, nada le ha pasado sino la vida».

Así reza el epílogo de *La sombra del humo en el espejo*, de Augusto Thompson. Y es un párrafo muy representativo de Thompson, el Pierre Loti chileno, el extraño *Augusto D'Halmar*, desterrado voluntario del Chile de sus primeros años, viajero impenitente por muchos países de la tierra, fatalista, gran *poseur* y gran temperamento artístico, supuesto descendiente de piratas noruegos, «soñador desencantado» y eterno sufridor de una nostalgia de no se sabe qué.

Ese es *Augusto D'Halmar*, autor de *Juana Lucero*, *La lámpara en el molino*, *Nirvana* y *Pasión y muerte del cura Deusto*; escritor de tantas páginas mitad francesas mitad castellanas, incorrectas hasta el lujo; y, sin embargo, tan cargadas de un perfume raro compuesto de mil flores exóticas cogidas por la mano experta de un artista con aire de iniciado en sabidurías esotéricas.

Ese es *D'Halmar*, que ahora completa ciertas visiones de *Nirvana*, con *La sombra del humo en el espejo*, visiones del Egipto, la India, Grecia, Italia y otros lugares idealizados para él por la lejanía del recuerdo.

(Una nota de la página del *copyright*, dice que «la traducción francesa de este libro la firmó Francis de Miomandre», gran amigo de *D'Halmar*).

V. INVESTIGACIÓN, CRÍTICA LITERARIA Y FILOLOGÍA

El sabio antropólogo e ingeniero inglés residente en nuestro país desde hace poco menos de cuarenta años, don Ricardo E. Latcham, miembro único en Chile del *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, regala al público lector dos obras más: un folleto en que, contra opiniones sostenidas hasta el día, prueba *La existencia de la propiedad en el antiguo imperio de los Incas*; y un volumen sobre *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos*

(tirada aparte de las *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, t. III*).

El libro sobre los antiguos Araucanos es una interesantísima obra de más de seiscientas páginas de formato grande y de una importancia tal, que casi todas sus sabias conclusiones son, como las del folleto sobre los Incas, verdaderos descubrimientos.

Y es porque, ya sea por una u otra causa, las investigaciones precedentes se habrían enredado en no pocos errores. En cambio, el señor Latcham, sabio de fama tanto en América como en Europa, tiene una preparación excepcional para tales estudios y ha vivido en contacto íntimo con los araucanos varios años de observación directa. Así, nadie mejor que él, que ahora prepara una refutación de los errores de la teoría totémica de Freud, podía escribir la obra sobre los antiguos Araucanos.

Aunque no todas descubrimientos, recordaré, callando importantes detalles, algunas de las irrefutables conclusiones del sabio investigador anglochileno: «al llegar los españoles a Chile, los indios del país estaban organizados por su sistema totémico», totemismo que no era de origen incaico; «heredaban el *tótem* y el apellido por línea femenina»; «el apellido se deriva del *tótem*»; «el *tótem* entre los araucanos no era sinónimo con el antepasado común de quien el grupo totémico suponía descender, sino que era un ser con quien éste había formado una alianza»; «el sistema social se hallaba en un período de transición»; los cambios originados por la conquista española concluyeron con el totemismo y afianzaron «la posición del padre como jefe de la familia»; «la religión de los araucanos»—y no por eso eran ateos—«era el culto de los antepasados, sin que reconocieran ninguna deidad»; el *pillán* no era otra cosa que el espíritu del «antepasado fundador del respectivo linaje», etc. (Págs. 595-596).

En definitiva, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos* (que el autor ha extractado y adaptado para público menos especialista, en el semanario inglés de Valparaíso *The South Pacific Mail*, con el título de *The*

Romance of Chilean Ethnology), sin pertenecer a la literatura en su acepción restringida, es uno de los mejores libros chilenos del año.

Otro sabio europeo chilenizado, el filólogo alemán don Roldolfo Lenz, también publica dos folletos de interés; *Estudio sobre los indios de Chile* y *La reforma de la gramática*, importante resumen este último, en ciertos puntos, de su gran obra sobre *La oración y sus partes*, que prologó y editó R. Menéndez Pidal en Madrid, hace cinco años (1920).

Por su parte, la Universidad de Chile reúne en un volumen las siete *Conferencias* que el profesor de filología de la Universidad Central de Madrid, don Américo Castro, dió en Santiago a fines de 1923, en la primera de las cuales hace sobre el señor Lenz, entre otros, estos elogios: «El Dr. Lenz es una de las personalidades más notables en el dominio de la filología románica»; y «es el primer investigador que hace la aplicación de la fonética a problemas estrictamente filológicos».

El estudio biográfico-crítico sobre *El licenciado Pedro de Oña*, que don Enrique Matía Vial nunca quiso publicar en vida, tiene fuera de otros títulos de valía, la de demostrar que, como dice *Omer Emeth* (es un francés nada amigo de los españoles quien lo dice), «el pasado americano no es tan negro como algunos lo pintan»; o, limitándonos a nuestro país, que «a fines del siglo XVI no estaba Chile envuelto en las tinieblas intelectuales que los historiadores suelen suponer».

Prueba: el *Arauco domado*, de Oña. Porque, aunque el poema sea tan poco apetitoso de leer como es, Oña, patriarca de la literatura chilena y aun americana, había alcanzado la suficiente instrucción para escribir entre sus veinte y veinticinco primaveras, un poema de la extensión y alardes eruditos del *Arauco domado*.

Don Miguel Luis Amunátegui Reyes, autor de muchas obras

de investigación lingüística, entrega al público el primer tomo de *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*. Es una crítica excelente, facilitada por los progresos de treinta años, del *Diccionario manual* que escribió en 1893 otro lingüista chileno, el sacerdote salesiano don Camilo Ortúzar.

El subdirector de la Biblioteca Nacional, don Ramón A. Laval, hace imprimir, con el título de *Paremiología chilena*, su discurso de ingreso a la Academia, en tanto que don Ricardo Dávila Silva abogaba en el suyo por la resurrección de la fábula y de la epopeya. Pero el más comentado de los discursos de ingreso a la Academia impresos en 1924, fué el del docto P. Raimundo Morales, franciscano, que habló nada menos que de *La decadencia del arte de escribir*.

Y ahora, los títulos de los tres libros escritos para la enseñanza: *Estética literaria* (edición de Herder), por el humanista Pbro, don Guillermo Jünemann, del Seminario de Concepción; *Idioma patrio*, conforme a los programas del cuarto año de humanidades, por don Eduardo Solar Correa; y *Retórica y poética*, por don Julio Sienzalás, del Seminario de Valparaíso.

VI. TEATRO

«Rico, casi espléndido,—escribe Eugenio Orrego Vicuña en cierta revista—ha sido el año teatral de 1924, no sólo por la variedad—que ha habido para todos los gustos—sino también en cuanto a valía». Muchas compañías pasaron por los teatros. Pero lo que por ahora nos interesa son solamente las obras dramáticas estrenadas o impresas por autores nuestros.

Y entonces sí que el juicio de Orrego no puede dejar de ser severo: «El teatro nacional --dice— ha continuado languideciendo... Las causas son las mismas de siempre: falta de elementos buenos, carencia de ensayos, de cuidado en la presentación y selección de obras, de repertorio y dirección. Bührlé, actor que cuenta con muchas simpatías en el público, hizo un esfuer-

zo simpático y... fracasó por las razones apuntadas. Su compañía alcanzó a estrenar *Los ciegos ven*, comedia muy bien escrita, de Matías Soto Aguilar, que marcó un éxito.

Otra compañía estrenó, con éxito también, *Más fuerte que el amor*, por la señorita Lidia Boza. El conocido N. Yáñez Silva hizo representar dos traducciones del francés: *In vino veritas* y *Tierra inhumana*.

Agrega Orrego Vicuña que, durante el año, «se han estrenado, con resultado vario, diversos sainetes y revistas de actualidad nacional que han logrado mantenerse en el cartel».

Pero aún falta mencionar lo mejor, la notable pieza en un acto, titulada *Tragedia interior*, original del ya tantas veces citado escritor don Eugenio Orrego Vicuña y que estrenó en Santiago y ha prometido dar a conocer, incorporándola a su repertorio, en sus próximas giras por Europa y América, el maravilloso actor español don Enrique Borrás.

Del mismo Eugenio Orrego Vicuña, por el momento, aparte de otras actuaciones y a pesar de su juventud, el mejor y el que más promete de los dramaturgos nacionales, es también la adaptación chilena que de *Le maître de son coeur* de Paul Raynal, se estrenó en 1923 y apareció impresa en 1924, con el nombre de *El amo de su alma*. Es la presentación en escena del problema de la fuerza de la amistad ante el amor. *Omer Emeth*, a pesar de no creer en «amos de su alma» y de encontrar algo inverosímiles ciertos pasajes, pasa por sobre escepticismos y pretendidas inverosimilitudes y se deja apasionar con una decisión que hace más palpable, dice el crítico, «el triunfo del arte».

Otras obras de arte escénico impresas durante el año han sido *El consejo de guerra*, por el joven poeta Gustavo Campaña Gandarillas; los muy graciosos, ya que no delicados, sainetes de Pedro J. Malbrán, *Los dos quesos de Balta Marín*, *El día de los inocentes*, *El arreglo de Washington*, *Las diez de última*, *La guerra de don Ladislao* y *Los muertos mandan*; y la ter-

cera edición de los monólogos de Ernesto Córdoba Parraguez titulados *Don Tránsito Canales*.

VII. MISCELANEA

Nuestro sabio don José Toribio Medina sigue como siempre luchando con sus años y publicando libros. De 1924 son la magnífica *Cartografía hispano colonial de Chile*, *Escritores hispano-americanos celebrados por Lope de Vega en el «Laurel de Apolo»* y *Cantos XVIII y XIX de «Armas antárticas» de Juan Miramontes y Zuazola*, con anotaciones.

Otro erudito de valer, don Luis Riso Patrón, da feliz término a una obra de muchos años de labor, su gran *Diccionario geográfico de Chile*, que comprende 28,215 nombres, distribuidos en cerca de mil páginas de formato grande y letra pequeña. Los datos hablan solos.

Pedro Prado, asesorado por un grupo de intelectuales amigos, con motivo del movimiento regenerador del 5 de Setiembre, sale un momento de su jardín interior y redacta a la ligera, escondido tras el seudónimo de *Los X*, ciertas generosas *Bases para un nuevo Gobierno y un nuevo Parlamento*.

El avanzado escritor chileno residente en París, Vicente Huidobro, lanza en francés un folleto titulado *Finis Britanniae*.

Don Maximiliano Salas Marchán, educacionista distinguido, escribe sobre *Las tendencias actuales de la educación norteamericana*; y don Abraham Vera Yanáttiz demuestra la *Labor educacional (de Chile) en Arica*.

El Pbro. don Alejandro Vicuña P. reúne artículos con el título de *Por la justicia y por la paz*; y otro presbítero, don Julio Restat, habla de *La existencia de Dios ante la filosofía y las ciencias*, y suscita corta pero animada polémica, con sus conferencias sobre *La bancarrota de la evolución*.

Mencionaré finalmente los títulos de otras obras: *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*, por el político y economista don Guillermo Subercaseaux; *La cuestión social*, por Francisco Olgiati, traducción del italiano; *La*

evolución inglesa y el régimen parlamentario, por Teodoberto Alvarez; la segunda edición del *Voyage en France*, por el profesor don Francisco Zapata Lillo; *La mujer*, por doña Rosa Prats de Ortúzar; *El gobierno de don Bautista Saavedra*, por Rigoberto Paredes; *El espiritismo*, *El divorcio*, un Manual de apologética premiado por la Universidad de Chile y la cuarta edición (la primera creo que es de 1909) de un *Diario de viaje*, por el laborioso publicista salesiano don Bernardo Gentilini, que no pasa año en que no publique uno o varios libros; *Frutos de mi huerto* y *En soledad*, recopilación de artículos del Pbro. don Nataniel Eastman; y *Legislación social de Chile*, por los señores Moisés Poblete Troncoso y Oscar Alvarez Andrews, miembro de la Oficina del Trabajo.

VIII. OTRAS ACTIVIDADES LITERARIAS. LAS REVISTAS.

El proyecto irrealizado de erigirle un monumento al poeta Magallanes, originó en la prensa una polémica larga y triste. Resultado. El monumento quedó sin erigir; y Tótila Albert, el escultor chileno-alemán a quien se encomendara la obra, regresó a su rincón berlinés, acaso para no volver más a Chile.

La Sociedad de Conferencias literarias ha continuado su obra. Recordaremos la conferencia de Pedro Prado (el 4 de Abril), que charló con la maestría que le es propia sobre su gran amigo el poeta Magallanes; y la de doña Amanda Pinto de Labarca Hubertson acerca de Selma Lagerlöf.

En la Universidad Católica hubo, entre otros cursos libres, conferencias literarias de importancia, como las que, sobre literatura francesa moderna, daba cada semana el Pbro. don Emilio Vaisse (*Omer Emeth*), que rayó siempre a gran altura sobre sus ya muy decaídas notas bibliográficas de *El Mercurio* y tuvo constantemente un auditorio de más de quinientas personas.

En la Universidad de Chile, el profesor de la Sorbona, M. Paul Hazard, ocupó durante tres meses,—cito sus palabras—*une chaire de civilisation française*, con una asistencia de más

o menos trescientos oyentes capaces de saisir toutes les nuances du français.

La joven y ya floreciente Universidad de Concepción tuvo, a su vez, su centro de extensión universitaria donde hablaron, entre otros, Pedro Prado sobre Magallanes y el doctor Carlos Charlín Correa sobre Pasteur; y su círculo de lecturas, donde hubo charlas tales como la de don Enrique Molina sobre *Mahatma Gandhi* de Romain Rolland, y la del talentoso crítico literario don Luis D. Cruz Ocampo, sobre *El banquete* de Platón.

Otras conferencias merecedoras de recuerdo en estas líneas, son la de Ricardo A. Latcham, sobre la vida colonial en Chile; la de M. Henri Hoppenot, de la Legación francesa, sobre Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry; la de don Eugenio Orrego Vicuña sobre Sienkiewicz; la de Pedro Prado sobre su obra *Un juez rural*; las de don Agustín Nieto Caballero, colombiano, sobre educación; la de don Julio Vicuña Cifuentes sobre Camoens; la de don Ricardo Cox Méndez sobre el *Quijote* y Cervantes, etc.

Y antes de cerrar el párrafo, algunos renglones para nuestras revistas.

Educación pierde con el cambio de su primer nombre por el de *Cultura*, *La Revista Chilena de Historia y Geografía* (que ha publicado dos magníficos homenajes a don Enrique Matta Vial y a don José Toribio Medina), *La Revista Católica*, los *Anales de la Universidad de Chile* y la *Revista de Educación Nacional* continúan viviendo. *Rodó* muere definitivamente. *La Revista Chilena* hace meses no sale.

En cambio, la *Revista de la Juventud Católica* da pasos de criatura ya orientada; *The South Pacific Mail* progresa; y aparecen otras revistas nuevas, algunas, muy insignificantes, como *La Pensée Française* y *Agonal*; pero una, de tanta importancia y de vida tan vigorosa, que, desde el primer número, fué una de las principales revistas científico-literarias con que cuenta hoy el habla castellana.

Me refiero a *Atenea*, de la Universidad de Concepción.

IX. LA PÉRDIDA DEL AÑO: MANUEL MAGALLANES MOURE

Había nacido en La Serena en Noviembre de 1878.

Comenzó su carrera literaria en el famoso grupo de la revista *Pluma y Lápiz*. En 1902 publicó su primer libro de versos, *Facetas*; y en 1904, el segundo, *Matices*, prologado por el poeta colombiano Isaías Gamboa. Uno y otro denotan una evolución lenta de un romanticismo mitigado hacia un modernismo discreto.

Pero las que podríamos llamar por excelencia sus obras, vienen más tarde. *La jornada* es de 1910, y *La casa junto al mar*, de 1918. Finalmente, *Florilegio*, editado en Costa Rica y prologado por Pedro Prado, reúne, en una selección acertada lo mejor de su labor poética.

Era la suya una poesía sencilla, concentrada, sin artificios, sincera, poesía silenciosa, como de cuerda con sordina. Una especie de vago panteísmo solía asomar en sus estrofas. La emoción se trasmittía sin esfuerzo, de alma a alma. Y era una emoción de recogimiento, suave, sin dejar de ser varonil. Y aunque algunas veces su poesía pareciera, como alguien ha insinuado, destinada a decirse al oído de la mujer amada, nunca el sensualismo manchó sus líneas de artista de delicadeza exquisita.

Pero Magallanes Moure, hombre de vasta ilustración artística, no fué poeta solamente.

Fué periodista. Por los años de 1902 y 1903 editaba la revista *Chile Ilustrado*. Y en diversas épocas de su vida colaboró en numerosas publicaciones de Europa y América. Tenía especial aptitud y predilección para la crítica de arte.

Fué pintor. Y el salón oficial de 1919 premió una tela suya.

Escribió para el teatro, y fué nada menos que Borrás quien le estrenó en 1912 su pieza *La batalla*. Publicó un libro de cuentos, cuentos de poeta, con sus habituales tintes de romanticismo discreto. Tenían por título *Qué es amor*.

Fué miembro de un partido político, director o presidente o

mero miembro de varios centros literarios, y, por algún tiempo, alcalde de San Bernardo desde 1905. Pero él no era para esas ocupaciones de actividad. Su temperamento de hombre de silencio, que lo fué confinando cada día más en una melancolía inquietante, no avenía con la bulla, ni mucho menos—alma buena como la que más, aunque sin conservar las creencias católicas de sus primeros años—toleraba claudicaciones en aras de banderías.

Años hacía que Magallanes, alejándose cada día más del bullicio de la capital, se había retirado definitivamente a San Bernardo. Y allí vivió, entre los suyos, largos años de aislamiento voluntario. Llegó, dicen, hasta la precaución de quitar el timbre a la puerta de su casa, para que los curiosos no fueran a importunarlo en su retiro. Su gran amigo Pedro Prado, que tanto bueno del poeta ha recordado en su conferencia de 1924, había escrito antes en el prólogo de *Florilegio*:

«Manuel Magallanes Moure, un hombre más bien alto que mediano, siempre vestido de negro; con su enorme y combada frente plácida, y, hasta ayer, poseedor de una grande y serena barba negra; con sus largos pasos silenciosos, su bondadosa atención, la fugaz chispa de ironía de sus ojos pardos y pequeños, su reír callado, sus frases vagas y breves, siempre envueltas en humo de cigarro, deja una impresión confusa de quietud o de misantropía. Tarde, sólo al conocerlo íntimamente, sabes que todo aquello es dolor callado...

Más que otros solitarios, este poeta es un sér esencialmente contemplativo. No tiene ni ejerce profesión o trabajo alguno. A veces, por largos intervalos, escribe. Pasa después cinco o seis meses en plena Cordillera de los Andes, en El Melocotón, un lugarejo perdido al amor de las aguas despeñadas del Maipo, en un valle tan angosto, metido entre tan enormes montañas, que el día es tres horas más breve, y eterna la noche, toda rumor y solemnidad».

Hombre modesto, acaso, como dice alguien, «la mayor prueba de modestia que (Magallanes) pudo dar, la encontramos en el viaje que hizo a Europa. Se fué calladamente a fines de 1921.

Viajó, observó y, un buen día, un año después, lo vimos nuevamente recorrer con su paso lento las tranquilas calles de San Bernardo... Trajo una serie de apuntes e impresiones interesantes, pero no se preocupó de darlos a la prensa; apenas si, por amistad, yo conseguí que me diera un trabajo para *Educación*, el único artículo que publicó referente a su Viaje». (Gmo. Rojas Carrasco, en *Cultura*, N.º 1).

«Como los artistas superiores, dice Ricardo A. Latcham, al igual que Contardo, Mondaca, Gabriela Mistral y otros apolonidas ilustres de nuestra tierra, la obra de Magallanes aparece muy condensada». La selección de *Florilegio* bastaría para su nombre.

Escribió poco, pero de lo mejor que puede presentar la literatura hispano-americana moderna. Y es que Magallanes, escribe otro poeta, Daniel de la Vega, «dejaba que el tiempo esfumara un poco las líneas de sus impresiones; en el recuerdo, los elementos dispersos se iban armonizando hasta quedar, al fin, el cuadro depurado de detalles inútiles y terminado, antes que el poeta tomara la pluma».

Murió el 19 de Enero de 1924.

«Su vida, añade Daniel de la Vega, fué un poema más».

Lástima que el monumento que a raíz de su ida se le pensó erigir, se haya hecho humo en medio de palabras inútiles e incidentes tristes de recordar.

X. OTROS ESCRITORES MUERTOS

Manuel J. Vega.—Fué escritor y diplomático. Nació en 1845, en Ancud. Concluídas sus humanidades en el Seminario de su ciudad natal, en 1867 se vino a Santiago y se dedicó al periodismo. Colaboró en varias publicaciones, sobre todo en *La Libertad* de los Arteaga Alemparte y en *El Mercurio* de Valparaíso. En 1872 se trasladó a París, siempre dedicado a la prensa, colaboró eficazmente en el *Diccionario biográfico americano*, de Cortés, y no volvió a Chile sino en 1876, para seguir como antes en el periodismo. Inicióse en la carrera di-

plomática acompañando en la Legación chilena de Colombia al poeta Sofía.

Fué un escritor de gran cultura y pluma diestra, pero que, como tantos otros, no dejó libros dignos de su nombre.

Joaquín Rodríguez Bravo.—Nació en 1852. Fué escritor y abogado. Escribió varios libros. Recordaré especialmente sus volúmenes sobre el Congreso de 1882, sobre Lastarria y sobre Balmaceda.

Había viajado y poseía una gran ilustración. Dicen que conversaba admirablemente. Y esa fué la última de las actividades que le fué permitido desarrollar en la ceguera de los postremos años de su vida.

Aliro Oyarzún.—Era uno de los representantes de la generación joven. Fué el fundador y el director de una de las muchas revistas literarias que han nacido con el santo propósito de borrar pecados de incultura. Pero, antes del segundo número, *Dyonisos* ya había muerto. Y su fundador desaparecía poco después a los veintisiete años.

Raimundo Echeverría Larrazábal.—Había nacido en San Javier en 1897. Dicen que no le gustaba frecuentar centros literarios, y que, como tanto joven de los de su edad, era un escéptico convencido. Escribió versos que salieron en diversas publicaciones o no salieron, y murió en San José de Maipo sin haber dado a la imprenta ningún libro.

Julio Munizaga Ossandón.—Era de Vicuña, donde había nacido en 1888. Fundó y dirigió la revista *Penumbbras*. Colaboró en muchas publicaciones nacionales o extranjeras. En 1914 publicó su primero y único libro, *Las rutas ilusorias*, versos de tendencias parnasianas, y fué de los premiados en los grandes Juegos Florales que revelaron a Gabriela Mistral. Más tarde se fué a Punta Arenas, donde ejerció su profesión de abogado, fundó y redactó la revista *Mireya* y fué el alma de la vida li-

teraria de la ciudad más austral del continente. Hace poco una enfermedad lo devolvió a Santiago. Debía no volver a salir.

Gustavo Balmaceda Valdés.—Fué el marido de Teresa Wilms Montt. Cultivó la novela. Una muerte triste puso fin a su vida desgraciada.

Daniel Solorza Barros.—Con decir que era un estudiante agustino, ya se ha dicho que era ignorado en los círculos literarios del país. Sin embargo, los que como yo lo conocimos desde niño y vimos los grandes progresos de sus últimos años, sabemos que era una verdadera esperanza de las letras patrias. Su alma rica en emociones delicadas, su imaginación viva y poderosa y su gran laboriosidad, unida a un admirable dominio del verso (de todo lo cual hablaré más extensamente dentro de poco); hacen de su muerte una desgracia.

Había nacido en Quinamávida, lugarcito de la provincia de Linares. Vestía el hábito agustino desde 1914. En Abril de 1923 había partido a Europa a concluir sus estudios. No volvería a Chile. Murió en Roma, a los veintiséis años de edad, el 29 de Junio de 1924.

Y con este recuerdo al amigo de tantos años, pongo punto final a mi tercera reseña de las actividades literarias del año en Chile.

Santiago de Chile, Febrero de 1925.

ALFONSO ESCUDERO.
agustino.